

4
G-53.

32

El "Fausto,"

(VULGARIZACIÓN LITERARIA)

POR

SALVADOR V. DE CASTRO

Edición privada.

GRANADA.
Tipografía de F. Gómez de la Cruz.
1897.

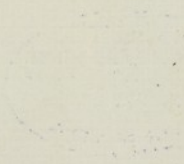
2148

1220216x

1176
60

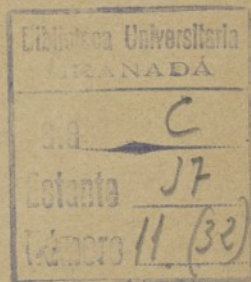
El T. Austro

SALVADOR V. DE CASTRO



EL «FAUSTO»

(VULGARIZACIÓN LITERARIA)



R. 28944

El "Fausto,,

(VULGARIZACIÓN LITERARIA)

POR

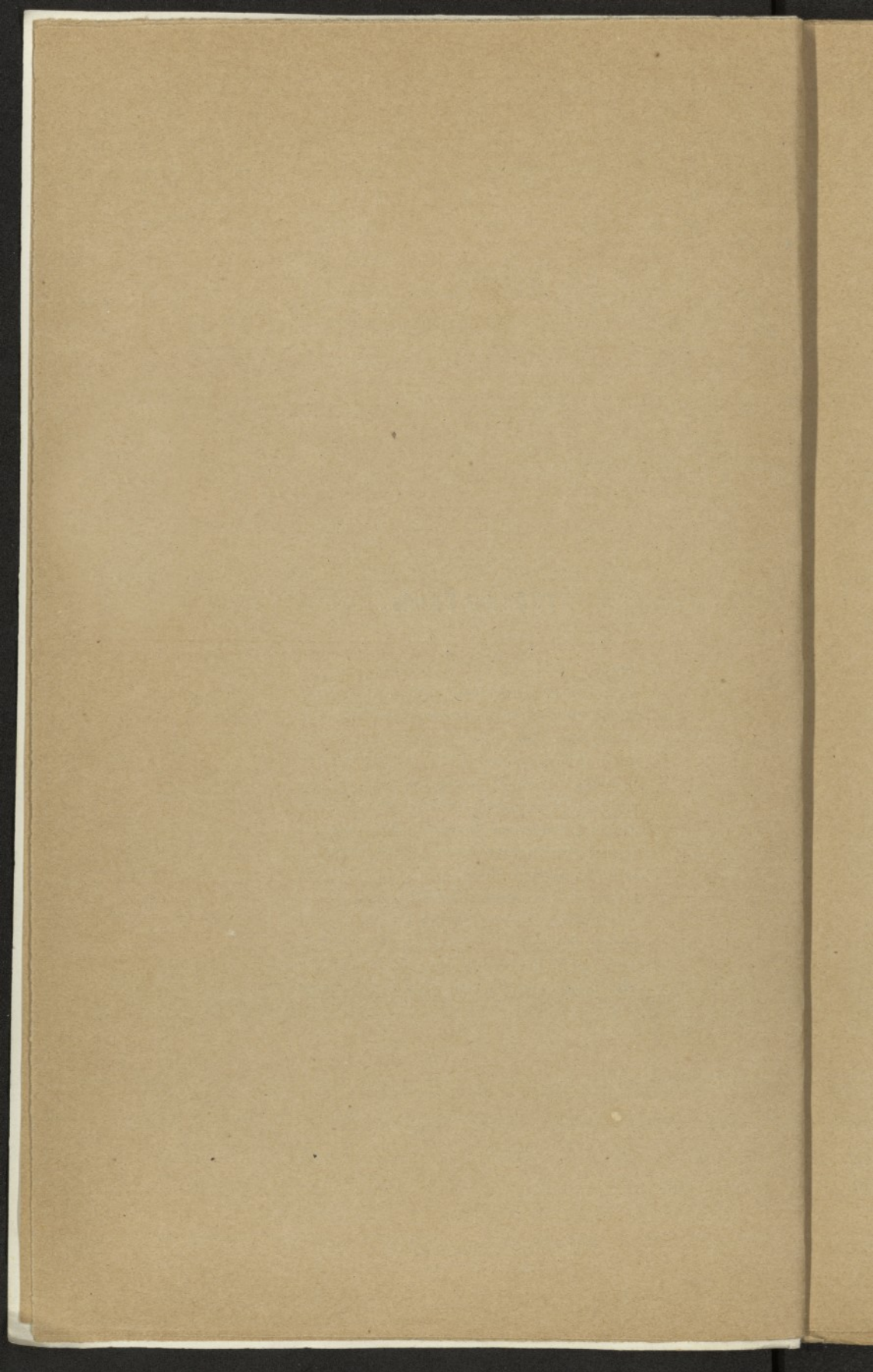
SALVADOR V. DE CASTRO



GRANADA.
Tipografía de F. Gómez de la Cruz.
1897.

Al Excmo.
Sr. Juan
en Lepi
homenaje

—
Es propiedad del autor.
—



I.

La Leyenda.

DURANTE toda la Edad Media se difundieron por Europa una serie de tradiciones, en las cuales el espíritu supersticioso de la época hacía al diablo desempeñar un principal papel; tradiciones que prepararon el terreno para que surgiera la Leyenda del Fausto. En todas ellas el protagonista se entregaba al demonio, ya para gozar en la vida presente á expensas de la futura, ya por desesperación de dominar la ciencia. Después, para escarmiento de impíos, cuando no se salvaba con la penitencia y el régimen contemplativo, ardía eternamente en los profundos infiernos.

Cuenta una tradición que, en el siglo tercero de nuestra era, un mágico de Antio-

quía llamado Cipriano (San Cipriano, el *Mágico Prodigioso* de Calderón) recurrió á los demonios para conseguir el amor de cierta jóven cristiana llamada Justina; otra leyenda supone que Teófilo, monje griego de la sexta centuria, pactó con el diablo para obtener dignidades eclesiásticas; otra se refiere á Gil de Santarem, médico alquimista de París en el siglo XII, igualmente dado á Satanás. También se afirma que en el siglo XV Jacobo Fust, colaborador de Guttenberg, presentó á Luis Onceno de Francia un ejemplar de la Biblia estampado por arte mágica, y que perseguido como hechicero escapó con ayuda del demonio. Con el teólogo Durrius, aseguran algunos historiadores que irritados los frailes contra un invento que les mermaba sus ganancias de copistas, dijeron que Fust (ó Fausto, pues así le llaman otros) era un nigromante condenado al infierno.

La fama de estos y otros personajes, pudo encarnarse á maravilla en cierto Doctor Juan Fausto, que en el siglo XVI adquirió inmenso renombre en las Universidades alemanas. Parece que había nacido en Knittlingen (Suabia), ó en Roda, cerca de Weimar, hácia el año de 1480. Fué enviado por su padre á Wittenberg é Ingolstadt para que estudiara Medicina, y se de-

dicó al estudio de la astrología, la magia y la alquimia, ciencias ocultas que, según la leyenda, aprendió y enseñó en la gran escuela de magia de Cracovia. Derrochó en poco tiempo, alegremente, el capital que heredara de un tío suyo, y, entonces, se dice que pactó con el demonio para seguir gozando durante veinticuatro años. Por consejo de éste substituyó á su criado y discípulo Wagner por Mefistófeles, espíritu malo con el que recorrió el mundo apurando placeres y admirando á todos con sus diabólicos prodigios. En Roma penetró audazmente en el Consistorio de Cardenales, y abofeteó al Papa; en la Corte imperial presentó ante Cárlos V la sombra de Alejandro el Grande; ya en su casa, por complacer á sus amigos que cenaban con él, hizo que se apareciese Helena, la hermosísima mujer de Menelao y amante de Paris, de la cual se enamoró y la hizo su querida, teniendo un hijo á quien pusieron por nombre Justo Fausto. Al terminar el plazo estipulado, su compañero infernal le estranguló una noche; al dar las doce, en Rimlich, aldea de Wurttemberg.

En 1558, ocho años después de su muerte, se imprimió en Francfort sobre el Mein un libro anónimo titulado *Historia del Doctor Juan Fausto, famoso encantador y ni-*

gromántico; más tarde Jorge Rodolfo Widmann la publicó ampliada con el título de *Verdadera historia de los horribles y afrentosos pecados y vicios del Doctor Juan Fausto, famoso encantador, así como de sus aventuras extraordinarias y muerte espantosa*. Á estas narraciones siguieron otras que cada escritor arreglaba según su fantasía; relatáronse también las aventuras de Wagner, y antes que terminara el siglo las traducciones habían difundido la *Conseja del Fausto* por Holanda, Inglaterra, Dinamarca y Francia.

Pasó también á ser motivo de representaciones en la plaza pública, y, luego, de exhibiciones teatrales más artísticas con el famoso drama inglés de Cristóbal Marlowe (1), los alemanes de Federico Müller (2), el Conde de Soden (3) y otros.

Hacia falta el poderoso génio de Goethe para fijar en una sola todas las leyendas faustinas escribiendo su inmortal poema.

(1) *Historia trágica de la vida y muerte del Doctor Fausto*.

(2) *Vida de Fausto puesta en drama*.

(3) *Fausto*. Tragedia popular.

II.

El Poema. (1)

JUAN Wolfgang Goethe dió á luz el «Fausto» en tres períodos muy diferentes de su larga vida. Publicó en 1790 un fragmento con las escenas de los amores de Margarita, en 1808 la primera parte completa y en 1831 la segunda parte. Poco despues escribió los *Paralipómenos*, fragmentos sueltos relacionados con diversos pasajes del poema.

Este demuestra en su autor una gran fuerza creadora, á pesar de estar inspirado en la leyenda. Encerró en él Arte, Filoso-

(1) Lo llamo así por calificarlo de alguna manera; el «Fausto» no es poema, ni novela, ni drama, ni tragedia, aunque algo tenga de cada uno de esos géneros. El génio de Goethe no quiso ajustarse á los estrechos moldes de la preceptiva literaria.

fía y Ciencia. «Abarcó, dice Cantú, al universo entero, desde Dios hasta el sapo, desde el paraíso hasta el espectro, desde el palacio hasta el hornillo del alquimista.» Embelleció la leyenda; la hizo genuinamente artística; introdujo en ella un nuevo y admirable personaje, la buena y sencilla Margarita, y, por último, salvó del infierno al Doctor sin más penitencia que la de haber vivido y luchado; terminación que hubiera sido imposible antes que se dejara sentir la influencia de la Reforma religiosa.

*
*
*

Es la PRIMERA PARTE del poema dramático la más inspirada y la que se ha hecho más popular. Dios permite que Fausto (el cual no es anciano como generalmente se cree, sino hombre en la madurez de una vida perdida para el amor por dedicada de continuo á las abstracciones de la ciencia) sufra las tentaciones del demonio, y Mefistófeles, simpático diablo de buen humor y sarcástica alegría (1), ofrece al Doctor colmarle sus deseos. El sábio acepta prometiendo en-

(1) De Mefistófeles dice D. Juan Valera, en el prólogo de una traducción castellana del «Fausto», que es un diablo á medias, tan francote y bonachón, que apenas si sería capaz de infundir espanto al ánimo asustadizo de las mogigatas y timoratos.

tregarse si los ve satisfechos. Mefistófeles, disfrazado con justillo de escarlata bordado de oro, ferreruelo de raso del mismo color, gorra con larga pluma de gallo y buena espada en el costado, sin cuernos, garras, ni rabo, las patas de cabrío disimuladas con el borcegüí y unas pantorrillas postizas, lleva á Fausto, que ha bebido el filtro de la bruja, ante Margarita. De todos son conocidas las brillantes escenas caracterizadas por la pasión del Doctor, la ternura de Margarita y el ingenio y audaz alegría de Mefistófeles.

Hé aquí los motivos de las escenas principales contenidas en la primera parte: Fausto en su gabinete de estudio; paseo con Wagner por las afueras de la ciudad; presentación de Mefistófeles en el laboratorio del Doctor y sabrosa conversación con el estudiante; taberna de Auerbach en Leipzig; cocina de la bruja; Margarita y Fausto en la calle; cuarto de Margarita; Mefistófeles en casa de Marta; Fausto y Margarita en el jardín; Margarita hilando; Margarita en la fuente; desafío con Valentín; Margarita en la iglesia; gran aquelarre de santa Walpurgis en los montes de Schierke y Elend; representación teatral en el Brocken; Margarita en la cárcel.

*
* *

Recordemos algunas escenas:

La conversación de Mefistófeles con el estudiante constituye, en medio de su naturalidad, un acabado modelo de humorismo irónico y burlón.

Llega el novicio escolar con vago deseo de saber á tomar lecciones de Fausto. Este, que prepara su primer viaje con Mefistófeles, no está dispuesto á recibirle. Mefistófeles dice que despues de haberle hecho aguardar tanto rato no se debe dejar desconsolado al pobre muchacho y se pone la vestimenta del Doctor, apercibiéndose á substituirlo durante un cuarto de hora.

Entra el estudiante dudoso sobre la carrera que ha de seguir, deseando preguntarlo todo, y lleno de encogimiento y de respeto ante el hombre que excita la admiración general. Mefistófeles, con agudísimo ingenio y encubierto aire guasón, le va hablando con entusiasmo de cada una de las ciencias, pero presentándolas en su aspecto más formalista y abstracto, de manera que su cándido interlocutor quede admirado ante tanta sabiduría y de hecho en camino de que todo es mentira.

Le dice que debe estudiar primero un curso de Lógica, para que no se le extravié

el espíritu como un fuego fatuo; que en tal curso le calzarán estrechos borceguíes para que ande recto, y se le enseñará durante muchos días que aun para las cosas más fáciles, como beber y comer, es absolutamente indispensable obrar con método y por tiempos. Que el pensamiento es como un telar en el que basta un solo impulso para poner en juego millares de hilos, donde la lanzadera corre sin cesar; y al deslizarse, se escurren los hilos invisibles y á la vez se forman mil nudos. Que en vista de esto el filósofo demuestra que todo debe ser de aquel modo: que lo primero es ésto, y lo segundo es aquello; ergo lo tercero, y lo cuarto deben ser lo otro; y sin lo primero y lo segundo nunca hubieran existido lo tercero y lo cuarto. Enseguida, por si el escolar no se ha enterado lo bastante, le añade que los «estudiantes de todos los paises, á pesar de comprenderlo así, nunca llegan á ser tejedores».

Le canta después las excelencias de la Metafísica porque con ella se profundiza todo lo que no es dado comprender á la inteligencia humana, tanto más fácilmente cuanto más se recurre á palabras técnicas. Le previene, por último, que de estudios metafísicos necesitará cinco clases diarias y asistir á ellas á son de campana, llevando

aprendidos de memoria los párrafos de la lección para decir solamente lo que esté en el libro.

El estudiante indica que no puede avenirse con el estudio del Derecho y Mefistófeles le contesta: «Lejos de mí la idea de acriminaros por ello; demasiado sé lo que es aquella ciencia» y añade que en los pueblos se suceden las leyes y los derechos como una eterna enfermedad, que lo antes razonable luego se califica de locura y que ¡desdichado el que no estudia el derecho que nació con su tiempo!

¡Ah! ¡Dichoso aquel—exclama el estudiante—que sea instruido por vos! Casi estoy por estudiar Teología. «No quisiera que os atreviéseis—obtiene por contestación,—perque es en esta ciencia muy facil extraviar la senda que se debe seguir, en cuyo caso no habría para vuestro mal remedio alguno. Lo mejor que puede hacerse en materia tan delicada es no escuchar más que á uno solo, y afirmar por la palabra del maestro. En suma..... ateneos á las palabras si quereis llegar con paso firme y seguro al templo de la verdad».

—Sin embargo, toda palabra debe contener siempre una idea, dice el escolar.

—Según, contesta Mefistófeles; pero no debe uno inquietarse mucho por esto, por-

que cuando faltan ideas hay palabras para sustituirlas y con ellas se puede discutir enérgicamente....

El estudiante quiere que le digan algo acerca de la Medicina y Mefisto, importunado por tanta pregunta y cansado del tono magistral, le contesta adoptando decididamente un tono zumbón que ya no puede notar su admirado interlocutor.

Al fin éste se retira, no sin presentar su album al fingido Doctor para que le escriba un pensamiento. *Eritis sicut Deus, scientes bonum et malum* (1), escribe Mefistófeles repitiendo en latín las palabras que indujeron á Eva á comer el fruto del árbol de la vida.

También es admirable la escena en que la sencilla y piadosa Margarita en el jardín de Marta, temiendo que su Enrique (Fausto) se condene, le pregunta sus creencias religiosas y le da consejos llenos de candor.

La traduzco á continuación:

«MARGARITA.—Prométeme, Enrique...

FAUSTO.—Todo cuanto quieras.

—Dime, pues, ¿cuál es tu religión? Eres muy bueno y estás dotado de un corazón excelente; pero me parece que no eres muy devoto.

(1) Serás como Dios, conociendo el bien y el mal.

S.V. de Castro.—«El Fausto».—3.



—Dejemos eso, hija mia; bien sabes que te amo y que daría por ti mi sangre y mi vida; pero no quiero turbar la fe de nadie.

—Eso no es bastante, sino que es preciso creer en Dios y en su iglesia.

—¿Es preciso?

—¡Ah! ¡Si yo tuviese algún ascendiente sobre tí! Tu no veneras mucho los Santos Sacramentos.

—Puedes creer que los respeto.

—Pero sin desearlos, pues hace mucho tiempo que no has ido á misa ni á confesarte. ¿Crees en Dios?

—Mi buena amiga, difícil me es contestar á tu pregunta, puesto que no quiero responderte sonriendo, como lo harían algunos pretendidos sabios y esto tu lo considerarías como burla.

—Luego ¿tú no crees en Dios?

—No interpretes mal mis palabras, ángel mío. ¿Quién osaría nombrarlo y decir: creo en él y lo conozco? ¿Quién se atreverá nunca á exclamar: no creo en él? El que todo lo posee, que todo lo contiene, ¿no te contiene á tí y á mí y á él mismo? ¿No ves extenderse sobre nuestras cabezas la bóveda del firmamento, dilatarse aquí abajo la tierra y moverse los astros eternos contemplándonos con amor? ¿No atraen tus ojos á los mios y no afluye entonces toda nuestra vida

al cerebro y al corazón? ¿Un misterio eterno, invisible á la vez que visible, no atrae mi corazón hacia el tuyo? Pues llena tu alma con este misterio y cuando experimentes la felicidad suprema pon á tu sentimiento el nombre que quieras, llámale dicha, corazón, amor, Dios. Lo que es yo no se cómo llamarlo. El sentimiento lo es todo, los nombres no son sino vano ruido, humo que oscurece la claridad del cielo».

¡Cómo se revela el genio de Goethe en la hermosa escena de la Catedral!

Margarita se ve sola y objeto del desprecio y la murmuración de todos, por no haber resistido ¡á Enrique, que era tan bueno y tan amable! Los jóvenes del pueblo si la vieses con ramo de azahar serían capaces de arrancárselo y las muchachas la echarían paja picada en su puerta.

Acude á la iglesia en busca de consuelo y allí, en medio de los fieles, el espíritu malo le traduce al alemán y le comenta las palabras severas del himno santo que canta el coro acompañado del órgano en el oficio de difuntos.

*Dies iræ, Dies illa
Solvat sæclum in favilla.* (1)

(1) Vendrá el día de la cólera y el siglo será reducido á cenizas.

La cólera del cielo te amenaza, Margarita;
ya resuenan las trompetas del juicio; las
tumbas se quebrantan y tu corazón va á
despertar para sentir las llamas eternas.

*Judex ergo cum sedebit
Quidquid latet apparebit,
Nihil inultum remanebit.* (1)

¡El pecado y la vergüenza te persiguen y
todavía buscas la luz, miserable! Ocúltate.
¿Qué esperas?

*Quid sum miser tunc dicturus?
Quem patronum rogaturus?
Cum vix justus sit securus.* (2)

Los santos vuelven la cara por no verte
y se avengonzarían de tenderte sus puras
manos. Estás condenada.

(La infortunada Margarita ve castigada
su falta con horribles penas eternas y cae
desmayada).

¡Cuán conmovedora es, por ejemplo, la
última escena, insuperable en intensidad
dramática!

La pobre Margarita, que era toda abne-
gación y amor, está loca y tendida sobre paja
en inmundo calabozo; va á ser ajusticiada

(1) Cuando el juez supremo se sienta, descubrirá
todo lo que está oculto y nada quedará sin castigo.

(2) ¿Qué diré entonces, misero de mí! ¿A qué
santo me encomendaré, cuando apenas los justos
estarán seguros?

¡por haber dado muerte á su hijo y á su madre! Solo quedan pocas horas para la ejecución. Fausto y Mefistófeles montan en corceles negros y vuelan á salvarla.....; la noche es obscurísima.....; ven brujas cerniéndose en torno de un patíbulo.....; hay que apresurarse.....

Fausto logra franquear la prisión; Margaita canturrea una canción, extraña en sus labios (1), y no reconoce á su Enrique; cree que es el verdugo y que la va á separar de su hijo.....

—«Soy yo que vengo á salvarte.....

—¡Ah! ¡Eres tú! ¡Dímelo otra vez! ¡Tú, que vienes á romper mis cadenas!..... ¡Estoy salvada!..... Sí..... he aquí la calle donde te ví por primera vez y allí el hermoso jardín donde te aguardaba con Marta..... ¡Quédate! ¡Me gusta tanto estar á tu lado!... Pero.... ¿no sabes ya besarme?..... ¿Lo has olvidado en el poco tiempo en que no me has visto?...

(1) Héla aquí, traducida en verso por D. Teodoro Llorente:

Mi madre, ramera,
me dió muerte fiera;
mi padre, el perdido,
mi carne ha comido;
lo poquito que quedo
mi hermanita lo enterró.
Abrióse la fosa;
salió un pajarillo de pluma vistosa.
¡Tiende, pajarito,
tiende pronto el vuelo!
¡Vuela, pajarito, piérdete en el cielo!

¡Bésame ó te besaré yo!..... ¡Cielos! ¡qué fríos y mudos tus labios!..... ¿Qué ha sido de tu amor? ¿Quién me le ha robado?.....»

Margarita sigue delirando sin escuchar las súplicas de Fausto.

—«Mira, dice á éste, ¡vé y salva á tu hijo!..... ¡pronto!..... Corre por la senda á lo largo del arroyo y más allá del puentecillo de madera..... en el estanque del bosque..... á la izquierda..... lo encontrarás luchando con el agua..... ¡pronto!..... ¡que va á hundirse!..... ¡sálvalo!»

La desgraciada loca vé en su desvario á su madre durmiendo..... muerta de tanto dormir..... ¡Ve sangre en las manos de Fausto..... Le encarga que entierren á su madre cerca de Valentín, á ella misma no muy lejos con el cuerpo de su hija sobre su pecho; recomiéndale además que cuide de las tumbas.....

No quiere fugarse y el tiempo pasa..... El tañido de la campana anuncia la ejecución..... Fausto se la quiere llevar por fuerza.—«¿Por qué empleas la fuerza?, le dice ella. ¿No sabes que todo lo hice por amor?»

En esto aparece en la puerta Mefistófeles, impaciente porque raya el alba y los caballos se van á desvanecer..... Margarita horrorizada no abandona su cárcel. Aquél se lleva á Fausto.

— «¡Enrique! ¡Enrique!», óyese llamar á la infeliz presa.

No han podido salvarla de la muerte, pero no está condenada: fué inocente y débil, no criminal. ¡Ella si que salvará al Doctor!

* * *

La SEGUNDA PARTE, erudita y de corte clásico, es un mundo de tipos, alegorías y símbolos. Su vastísimo y filosófico argumento resulta un artístico pretexto para desarrollar con forma poética inimitable y vigorosos rasgos satíricos una serie de representaciones del Estado, la Política, la Ciencia, la Guerra, la Antigüedad clásica y la Poesía.

Mefistófeles, disfrazado de bufón, se introduce en la Corte imperial, donde presenta á Fausto, y—precursor de Law—desentraña la hacienda con emisiones de papel-moneda, de las que es garantía un supuesto tesoro escondido.

Para complacer al emperador que quiere ver á Helena y Paris, obras maestras del hombre, desciende Fausto por ellos con auxilio de una mágica llave (simbólica como todo) á los abismos donde tienen su morada las Madres (las ideas primordiales, el paganismo, la literatura clásica).

Enamorado Fausto de la belleza arroba-

dora de Helena y de sus puras formas, enloquecido ante aquella mujer en cuyo lecho jugaron su suerte Troya y Grecia, olvidándose de que la está presentando por arte mágica, delante del emperador y su corte la abraza con frenesí y cae derribado al suelo: que lo ideal (la forma perfecta) es inaccesible á la desordenada inspiración. Mefistófeles se carga á Fausto en los hombros y lo lleva á la antigua casa doctoral de éste.

En ella lo ha substituido su discípulo Wagner, sabio ya de mucha fama, que se ocupa, ansioso y conteniendo el aliento, en una delicada operación alquímica.

Mefistófeles, que lo ha sabido, acude á explotarla en provecho propio y lleno de curiosidad le pregunta callandico:

—¿De qué se trata?

—Va á formarse un hombre.....—obtiene por respuesta.

—¿Un hombre? ¿Luego tenéis una enamorada pareja metida en vuestra chimenea.....?

En el seno de la redoma se ha formado por cristalización un rudimento de ser humano, un delicado homúnculo, hijo de la ciencia.

Este, después de una interesante conversación muy filosófica en el fondo, abandonando á *su papá* Wagner, se pone á las ór-

denes de Mefisto y lo guía, así como á Fausto, á través de los campos de Farsalia y las costas egeas en noche de aquelarre *clásico* á un país desconocido para ambos, el de las divinidades helénicas.

Ahora no asisten á un aquelarre de los que concebía el mundo románico de la edad media, como aquel que presenciaron en el nebuloso Brocken y otras montañas del Harz (Alemania del Norte), sino que se hallan mucho más al sur, en medio de grifones, kabires, dáctilos, esfinges, pigmeos, imses, larvas, arimaspes, gorgonas, lamias, etc., creaciones monstruosas de los tiempos clásicos. En él ya no se monta en escoba, sino en trípode; el macho cabrío es bien substituído por el centáuro Quirón.

Fausto se halla lleno de admiración y á su gusto en aquel mundo de idealismo do en el día solo se rinde culto á la belleza y, además, va buscando á Helena, pero Mefistófeles está contrariado y fuera de su centro; solo ha ido apeteciendo las hechiceras de la Tesalia. Así es que ha perdido su aplomo y su descaro, aunque no su humor satírico; es ya menos cínico en sus discursos y más reservado en sus modales, por lo que sin querer toma un tono sentencioso, experimentando á su manera el influjo de la magestuosidad del sitio.

S. V. de Castro.—«El Fausto».—4.



Véase luego á Helena, ante su palacio de Esparta, rodeada del coro de cautivas troyanas é ignorante de la suerte que la reserva el rey su esposo. Al presentarse Mefistófeles en forma de gorgona, la reina y el coro lo rechazan y maldicen (porque á Grecia siempre le repugnó lo feo). Pero anuncia que viene Menelao para castigar á su infiel esposa y las compañeras de ésta y logra ser escuchado conduciéndolas al castillo feudal que levantara Fausto en la cima del Taigeto. — ¡Con qué sublime desenfado presenta Goethe en la antigua Grecia las atrevidas agujas y los arcos apuntados de la arquitectura ojival y supone el país helénico en poder de una banda de teutones!

Unese Fausto con Helena y de este fecundo himeneo del romanticismo con la antigüedad clásica, de la ciencia alemana con la belleza plástica, nace Euforión, símbolo de la poesía moderna, parecido á Lord Byron.

Entre tanto los súbditos del Emperador hartos de verlo entregado á los placeres, mientras ellos eran más pobres que antes de poseer y gastar grandes cantidades en papel, se habían sublevado eligiendo nuevo Emperador. Se dá una gran batalla, ganada por el primero con el auxilio mágico de Fausto, al que, agradecido, le concede un vasto dominio.

En este consagra Fausto su vejez, durante muchos años y con poderoso esfuerzo, al bienestar de la humanidad, á convertir la tierra en un eden; pero no es feliz todavía, su ambición es tan sin límites—comentaba el mismo Goethe—que poseyendo todos los tesoros del mundo en un imperio creado por él, se siente disgustado porque no es suya una mísera cabaña.

Aunque ciego en los últimos tiempos de su vida, muere el héroe del poema concibiendo generosos proyectos y creyéndose con grandes alientos para realizarlos. Indudablemente murió pidiendo «*luz, más luz*», cual murió el poeta creador de tan gigantesca ficción.

Fausto no se dejó enervar por el placer, así es que no pudo ser presa del infernal Mefisto; ascendió á la gloria merced á las oraciones de Margarita, á su vez salvada por las tres grandes penitentes del Evangelio y la Leyenda: la Samaritana, María Egipciaca y la gran pecadora Magdalena.

*
**

TERCERA PARTE del «Fausto» han llamado algunos á los *Paralipómenos* y no lo son porque el poema está completamente terminado en la segunda parte.

Conforme los dos libros canónicos cono-

cidos con ese nombre sirven de suplemento á los cuatro de los *Reyes*, conteniendo algunos hechos y circunstancias que no se leen en éstos, así los *Paralipómenos* faustinos, escritos por Goethe en sus últimos años, amplían algunas escenas del «Fausto», añaden otras nuevas y encierran muchos pensamientos sueltos capaces por sí solos de caracterizar la gran figura de Mefistófeles, si no lo estuviera ya sobradamente.

Contienen, entre otras apostillas: un consejo de Mefistófeles al estudiante, y otro á Fausto sobre la manera de vestir y de comportarse; el boceto de un acto universitario en que intervienen el Doctor Fausto, Wagner, Mefisto (como estudiante vagabundo) y numeroso auditorio estudiantil; algunas ampliaciones á la noche romántica de Walpurgis, entre ellas la ejecución fantástica de Margarita, y adiciones á la noche clásica, así como á las escenas en la corte del Emperador.

¡Lástima que Goethe no las reintegrara y desarrollara en otra edición de su «Fausto»!

*
**

Con ingénuo sencillez ó sublime expresión, con figuras atrevidas, con palabra precisa en todo caso y elegante cuando hacía falta, escribió Goethe su «Fausto» en

correctísimos é inspirados versos, produciendo una obra que ha sido considerada por la mayoría de los comentaristas como el Evangelio del Panteísmo, como la Biblia de los tiempos modernos.

Con arte admirable están combinados en ella el material suministrado por la leyenda con el tomado de la propia vida del autor, el escepticismo supersticioso de su siglo con los perpétuos ideales de la humanidad, poseida de insaciable deseo de progreso y perfección.

Escenarios del poema son el cielo, la tierra y el infierno y todos los personajes son emblemáticos, lo que no es obstáculo para que, en la primera parte especialmente, se les sienta amar, sufrir, desesperarse, aborrecer, con todo el calor de la realidad: vivir, en una palabra.

Se ha dicho que en el Doctor Fausto está simbolizado el ser humano, dominado por incesante deseo de ciencia é inmortalidad; que Mefistófeles representa la duda, el espíritu crítico, acicate del Progreso; Margarita el amor cristiano; Helena la belleza clásica, el amor pagano; y las dos, con la Virgen gloriosa, Magdalena, la Samaritana y María Egipciaca, lo *Eterno-femenino* (1), el

(1) *Das Ewig-Weibliche.*

amor absoluto, elemento de vida y estímulo de la especie.

La vida y el carácter de Goethe se transparentan en el poema. Hombre de conocimientos enciclopédicos como Fausto, como él pudo decir: «Filosofía, Jurisprudencia, Medicina y, por desgracia, también Teología, todo lo he profundizado con febril actividad»; como él dudó, como él amó y vivió; como él tomó parte en la guerra y en la gobernación de un Estado. El tipo de Margarita era un recuerdo de la adolescencia del poeta; en Mefistófeles algunos críticos han querido ver al mordaz é irónico Merk, su confidente y camarada en cierto tiempo; á Wagner, al lado del cual resaltan los sublimes anhelos de su maestro, también lo han creído un retrato. La admiración de Goethe por el clasicismo, desarrollada después de su viaje á Italia, es la misma que hace al Doctor enamorarse de la escultural Helena.

La edad en que el poeta escribió cada escena también se revela en el «Fausto». En la conversación de Mefistófeles con el estudiante, pongo por caso, vertió Goethe, es verdad, ironía y escepticismo, pero era una ironía burlona, atractiva, juvenil; la que podía producir en sus primeros años de vida literaria. Cuando Mefisto, en la segunda parte del poema (llamada también «segundo

Fausto»), encuentra á su antiguo conocido el novicio escolar hecho un infatuado é irrespetuoso Bachiller, sostiene un diálogo en que ya la ironía es mordaz y amarga, sarcástica, y el escepticismo que rebosa es doloroso, rudo, desengañado. Lo escribió Goethe á los setenta años, cuando se veía, él, el Júpiter de Weimar, discutido por la juventud que proclamaba otros poetas.

La misma razón cronológica explica las diferencias que se notan entre los episodios amorosos de la primera y la segunda parte. El primer *Fausto*, compuesto por Goethe cuando joven, sugestiona, conmueve y hace sentir; lo anima esa rubia y apasionada Margaritilla (1), tan cándida, tan pura, tan bella, tan llena de gracia y natural encanto. ¿Quién no la recuerda, por ejemplo, arrancando con sereno júbilo la última hoja de la flor interrogada según el poético juego alemán?

El segundo *Fausto*, escrito muchos años después, admira y hace pensar; contiene los amores con Helena, en los que el protagonista no es tan romántico y solo se apasiona del ritmo y la armonía de lo clásico que resplandece en la correcta belleza de la diosa.

(1) *Gretchen*, en el texto alemán, diminutivo familiar de Margarita.

Del poema goethiano ha dicho Blaze de Bury (uno de los críticos que mejor lo han comprendido) que es un monumento erigido á la edad media y á la antigüedad, monumento que tiene mucho de catedral y mucho de Parthenón. Lo vago y complicado de su asunto, juntamente con los primores del estilo, hace que guste más cuanto más veces se lee y que se adapte á todos los gustos, prestándose mucho á que cada lector tome como suyo lo que le parezca.

*
* *

Del poema goethiano se han hecho traducciones á todas las lenguas de los pueblos cultos. Recuerdo las siguientes impresas en España: 1.^a, de D. Francisco Pelayo Bris (Barcelona, 1864); 2.^a, «traducción completa al castellano, hecha en presencia de las mejores ediciones de esta obra inmortal por una Sociedad literaria», según reza la portada (Barcelona 1865); 3.^a, anónima, aparecida en el tomo cuarto del periódico *La Abeja*; 4.^a, de D. José Casas Barbosa (Barcelona, 1868); 5.^a, de D. Guillermo English, con prólogo de Valera y lujosas ilustraciones (Madrid, 1878); 6.^a, en verso, de D. Teodoro Llorente, editada con buenos grabados (Barcelona, 1882); y 7.^a, pu-

blicada por la «Biblioteca Universal» (1) (Madrid, 1886). Menos esta última, mutiladísima, y la que apareció en 1865, que tienen gran parecido, las demás sólo comprenden la primera parte del poema, lo que es muy sensible porque así puede afirmarse que no hay una versión española del *Fausto* á la vez buena y completa.

Las mejores traducciones son la del señor English y la de D. Teodoro Llorente. Aunque ésta, por las dificultades de la versificación, no podía ser tan ajustada al original como la otra, es bastante exacta y une á tal circunstancia los encantos del ritmo y de la rima, que tanto se echan de menos en las versiones en prosa de libros escritos en verso.

Además debo mencionar, por estar inspirado en el primer *Fausto* y en el libreto de la ópera de Gounod del mismo nombre, el drama «Fausto» en cinco actos y en verso, compuesto por el literato granadino D. Francisco J. Cobos y representado con buen éxito en Granada y en Valencia hace más de treinta años. También debo citar la pa-

(1) La segunda parte del «Fausto» en esta edición está plagada de galicismos y errores, pues pone, verbigracia, en boca de Forkias parte de lo que debe decir el coro (tomo II, págs. 64, 65 y 66).

De los mismos defectos adolece la edición de 1865 (véase también las págs. 199, 200 y 201), pero no está mutilada.

rodia de la misma ópera, escrita en dialecto catalán por el inspirado poeta D. Federico Soler (Serafi Pitarra).

El universal poema ha sido estudiado concienzudamente por infinidad de críticos de todos los países. En España D. Juan Valera (1878), D. Antonio Sánchez Moguel (con motivo de *El Mágico prodigioso*, de Calderón, 1881), D. Teodoro Llorente (1882) y D. Urbano González Serrano (1892), han escrito sobre el «Fausto» notabilísimos trabajos.

El «Fausto» en el Arte.

La poesía, la pintura, la música, la escultura, todas las formas de la inspiración artística, en una palabra, han sido puestas á contribución ininidad de veces para difundir y perpetuar cuanto al poema de Goethe se refiere; así de Fausto, Margarita y Mefistófeles, como de Beatriz, Don Quijote ó el Tenorio, fingidos personajes, simples creaciones de la imaginación, se puede afirmar sin gran violencia que han alcanzado más vida que si hubieran sido de carne y hueso: el Condestable de Borbón, D. Juan de Austria ó la Princesa de los Ursinos, por ejemplo. Unos y otros personajes por el recuerdo subsisten: aquellos para todo el mundo; estos para el historial solamente; y ¡cuán-

to más grandes, más plásticos, más *reales* no se nos aparecen los primeros, que creemos estarlos viendo?

Artistas hubo que se pasaron la vida evocando los personajes del primer *Fausto* y reproduciendo sus escenas con el lápiz, los pinceles, el buril ó el cincel. Así han adquirido fama Pedro de Cornelius, Guillermo Kaulbach, Kreling, Liezen Mayer, Eijermann, Brend'Amour y muchos otros.

Raro es el poeta que alguna vez no haya cantado á Margarita; y bien lo merece esa criatura interesante. Á su aparición en el mundo de la poesía—dice el espiritual Pablo de Saint Victor—surgió en la multitud un grito de amor, «Salve, llena eres de gracia», y emparejóse en lo profano con las vírgenes de Rafael.

Los actores han procurado en todo tiempo interpretar fielmente á ese Doctor Fausto, ahito de ciencia estéril y sediento de un ideal que sólo ve satisfecho por momentos; á esa ingénua y apasionada Margarita; esa filosófica ironía mordaz y punzante de Mefisto.

Maestros compositores tan eminentes como Luis Spohr, Roberto Schumann, Ricardo Wagner, Carlos Gounod, Hector Berlioz y Arrigo Beito, cuyos nombres van unidos á música faustina, así como otros muchos

no tan famosos, revelan que esta sublime arte ha encontrado en el poema goethiano una fuente inagotable de inspiración.

De las muchas óperas que se han escrito inspiradas en el «Fausto» de Juan Wolfgang Goethe solo dos se representan hoy en los principales teatros, con música de Gounod y de Arrigo Boito respectivamente (1).

Lo mismo que el autor de *Werther* hizo con su «Fausto» que se olvidasen la leyenda y los dramas anteriores al suyo, así Carlos Gounod con su ópera arrojó de los escenarios las compuestas sobre el mismo asunto por sus predecesores.

Con letra de Julio Barbier y Miguel Carré fué cantado el *Fausto* de Gounod por primera vez en el Teatro Lírico de París, el 19 de marzo de 1859, y en la Gran Opera, el 4 de marzo de 1869. Desde entonces la música mística á la vez que sensual de este inspirado drama lírico es oída con delectación en todas las ciudades importantes de Europa, excepto en las de Alemania. Y, aparte la prevención á todo lo francés, dado el entusiasmo que tienen por su gran poeta nacional, desde este punto de vista no les falta razón á los públicos germánicos.

(1) También se representan las parodias de las mismas, tales como la opereta francesa *Le petit Faust* y el juguete cómico-lírico en un acto y varios cuadros *Mefistófeles*.

Debido á deficiencias del libreto, que sólo se refiere á la primera parte del «Fausto», aparecen en esta ópera unos personajes diferentes de los del poema y, por consecuencia, inferiores con mucho á los originales: aunque otra cosa pueda parecer á los que se hayan hecho el gusto saboreando repetidas veces la ópera de Gounod y leyendo despues muy por encima el poema que la inspiró. En vez del Fausto que creara Goethe aquella nos presenta un Doctor caduco en el que resultan cosa secundaria su desesperación, su desconfianza de la ciencia, sus anhelos de vida universal, y que, convertido en gallardo mancebo, se consagra por completo á conquistar el corazón de Margarita. La Gretchen del poema, tan graciosamente natural y sencilla, está representada en esta ópera por la figura rígida y aparatosa de una Margarita romántica, parecida á coqueta en quien ejercen gran influencia las joyas, que solo deben causar la una admiración cuasi infantil, porque como ha dicho un célebre crítico francés, Fausto y Mefistófeles no acertaron al emplear tan grosera seducción; lo mismo hubiera servido un humilde ramo de violetas. (En el original alemán Mefisto se procura sucesivamente dos estuches con joyas para la inocente niña y se lamenta de que las

primeras fueran á parar á manos de un clérigo). En la ópera, además, hay un Siebel enamorado de Margarita que no lo soñó Goethe, pues el del poema no la conoce siquiera y es calvo y panzudo, «un viejo tonel» según Mefistófeles. Este, por último no obstenta del todo su zumbona y profunda ironía, mal suplida con carcajadas estridentes.

Muy posterior á la de Gounod es la ópera *Mefistofele* del maestro Arrigo Boito, cuyo es también el libreto. Este sigue al «Fausto» goethiano con bastante fidelidad y por eso Mefisto, mal caracterizado en otras óperas hasta el punto de que en la de Spohr solo aparece un momento durante el minué del segundo acto, puede en la de Boito rivalizar en importancia con el Doctor y dar nombre á la obra. Aunque de autor italiano, ésta tiene tendencias wagnerianas por lo cual no gustó mucho la noche que se cantó por primera vez en el teatro Scala de Milán; hoy ya es oída con entusiasmo en los principales teatros del mundo.

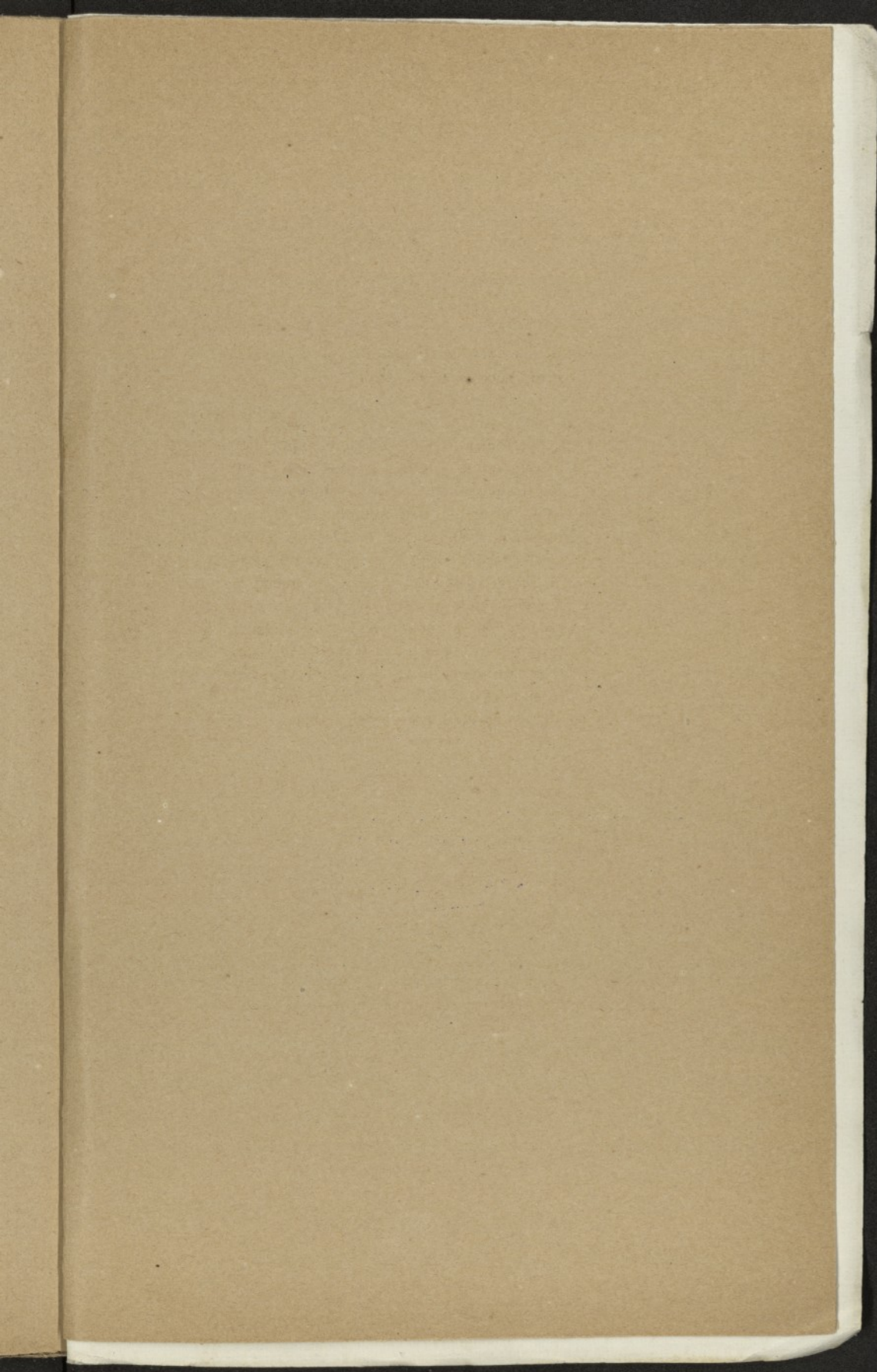
El primer acto se refiere al «prólogo en el cielo» del poema; en el segundo el Doctor escucha los cánticos de Pascua y se le aparece Mefistófeles; el tercer acto comprende los amores de Fausto y Margarita; el cuarto

la aparición de Helena, y el quinto la muerte del heroe y su salvación.

Por todo lo dicho es facil comprender lo mucho que pudiera decirse del Doctor Fausto, personaje de esa Leyenda que «fué en su principio una lamentación católica; renovada despues por la idea de Lutero pasó á ser un dardo alemán contra el papa-do; emigró despues á España y quedó de nuevo leyenda papista bajo la sombría mirada de los inquisidores; despues en Inglaterra tomó el carácter de leyenda puritana» (1) y que sometida al crisol del genio de Goethe ha quedado como la más vasta concepción de la humana inteligencia.



(1) ARRIGO BOITO. Prólogo de la primera edición del libreto de *Mefistofelo*.



ÍNDICE.

INTRODUCCIÓN.—El Doctor Fausto...	5
I.—La Leyenda.....	7
II.—El Poema.....	11
III.—El «Fausto» en el Arte.....	35



A

LIBRARY

2

DEL MISMO AUTOR

LA INMUNIDAD Y LAS INOCULACIONES
PREVENTIVAS EN LAS ENFERMEDADES INFECCIOSAS, Tesis para el Grado de Doctor en Medicina que obtuvo la calificación de *Sobresaliente*. En cuarto mayor, 96 páginas.
—Granada, 1890.